

JOSE MARÍA SÁNCHEZ BORBÓN

JOSE María Sánchez Borbón, (1918-1973), obra: *Tres Cuentos* (1946), *Shumio-Ara* (1948) y *Cuentos de Bocas del Toro* (1994).

LA MUERTE DE NICANOR

EL relámpago dibujó, frente a la laguneta, la figura del hombre sentado sobre un tronco. Segundos después, el trueno sacudió la linfa que ya desde prima noche se rasgaba bajo el grito de los babillos. En el cielo bajo, como de caverna, la noche anaranjada, incendiada de tormenta.

Remonta la copa de los árboles el mismo siseo que poco antes pasó por el gramalote hasta llenar la orilla del río de lamentos. Es la voz del Talamanca, repitiendo desde las nuca de la serranía una sola queja: creciente... creciente. Las ramas crujen. Copiosa, llena de presagios, la lluvia cae y el caudal del río crece en la oscuridad, llena de hilos sucios el sendero de la laguneta, sobre el cual está, apesadumbrado, el hombre.

Temprano, casi de madrugada, abandonó el rancho rumbo a los bancos del río. Allí dejó correr las horas metido en lo más espeso, al lado de la corriente que amaneció poblada de troncos y ramazones. Siempre al lado del río. Atrayente como un vórtice. miraba sus aguas y con ojos entornados envidiaba

avecinaba a los tres años. Acaso pudiéramos comprenderla si la suerte nos depara dentro de las cuatro paredes de un rancho, con la puerta cerrada, una mujer como la de Nicanor. Esa mujer era como un mar, como una selva, como cualquier cosa excesiva. No hay otra palabra que resuma con mayor justicia las cualidades de la mujer de Nicanor que esa: exceso. Ante aquel todo, excesivamente abultado, naufragaba el carácter, la hombría y, sobre todo, la vida misma. Si uno estuviera en capacidad de mirar, objetivamente desde luego, el acontecimiento dramático del «vivir» de Nicanor, percibiría inmediatamente las causas que motivaron la desaparición de su energía; y el desgano, o aún más, el desmadejamiento de los pormenores de su triste vida. Esa mujer infundía terror. Provista de dos armas, los brazos, moviase en el ambiente estrecho del rancho como un remolino que absorbiera los pequeños y terribles hechos de la vida cotidiana y, lo que es peor, a Nicanor. Los brazos-boas ondulaban amenazadores hasta que hacían presa en el cuello de él, mezquino cuello de palúdico, magro como un bejuco del monte. Entonces lo quería. ¡LO QUERÍA! ¡Dios santo!, la ternura de esa mujer, ese detalle subjetivísimo y personal de quererlo, ese engranaje sutil de fervores que brotaba de lo más profundo de su naturaleza melosa, era la desgracia, la tragedia y la muerte en vida de Nicanor.

Infinitas son las circunstancias que se tejen hasta formar un sentimiento, sobre todo si tal sentimiento es extremo. El odio que Nicanor profesaba a su mujer se formó al calor de las más aisladas contingencias. Quizás esa suma de pequeños detalles culminó en una escena humillante, acaecida varios meses atrás. Lo cierto es que, desde tan aciago momento, la repulsión física que por ella sentía terminó por invadir el campo de lo puramente espiritual. No era sólo el instinto de conservación lo que operaba en el pobre Nicanor, sino que, desdichadamente, también una reacción de pudor moral. Ella, media naranja (?), quiste de grasa, movida de su pasión devastadora pretendió desposeerlo de su responsabilidad de varón, sabiendo perfectamente que en esa comarca los hombres todos se mueven condicionados por una concepción muy estimable y muy estricta de hombría. Ella, maldita mil veces sea, irrumpió

en una refriega en que dirimía, apoyado en el argumento del filo de su machete, sus derechos de posesión sobre unos puerocos cimarrones. En la confusión provocada por la entrada de su mujer en el combate, el contrario alcanzó a acomodarle, en el hombro izquierdo, un tajo profundo. Luego sufrió la vergüenza inaudita de contemplar al contrincante en el suelo, derribado por obra y gracia de los brazos-boas de ella. Pero allí no paró el asunto. Salió después en triunfo con la camisa tinta en sangre, sobre los amorosos brazos de su mujer, camino del rancho lejano, en medio de las miradas hondísimas de tres indios espectadores. Odio, eso era lo que sentía por ella. Además, miedo, espanto de entrar a su casa y encontrar dos brazos, profundos como un abismo, tenebrosos como una agonía.

A filo de relámpagos salió Nicanor de su meditación. La laguneta, al lado de la cual la noche lo sorprendió, estremecía a cada estampido la linfa cárdena, tumefacta de lodo. Levantábase un jadeo de frío que se apoderó de la garganta de Nicanor y le trajo la angustia de su bronquitis crónica, negra alimaña que le arañaba el pecho a cada golpe de tos. El sendero que serpeaba al lado de la charca, convertido poco a poco en una vena de agua, saltó el dique del tronco en que sentaba Nicanor su tristeza. ¡Dios del cielo! El monte se desangraba partido por los relámpagos. Los capachos gemían en la espesura que lloraba lágrimas de sangre blanca descendiendo en alud desde los cerros y de las copas de los árboles. Pujaba el río la amenaza de la creciente. Otro relámpago, otro. El último alumbró a Nicanor, parado en medio del camino, con la boca plegada en un gesto radiante. En el cielo no se alcanzaba a contar los truenos. Llovía, llovía torrencialmente. Muy lejos, los caracoles marinos anunciaban desde los caseríos la cabezota de agua que bajaba.

Llegado al rancho se sintió invadido por el rumor de la quebrada que anunciaba un caudal extraordinario. Sonrió satisfecho al penetrar sigilosamente en la casa. Del alto jorón sacó sus enseres de cacería y, además, un bultito redondo que introdujo en la «chuspa» de hule. La puerta abierta enseñaba el cielo cruzado de latigazos de fuego. En el jergón, un candil prendido alumbraba y daba al cuerpo echado actitu-

des infantiles. Un pequeño movimiento transformó a la mujer dormida en una montaña imponente de carne. Con calma, el hombre vació el carburo en el depósito de la lámpara. Las piedrecillas, calentadas por la humedad, cayeron con estrépito en el tanque, levantando un polvillo afilado que se le coló en la nariz. Roncó con disgusto y alarma. No lo pudo evitar. Una tos, como un crujido, apagó el candil. En la oscuridad insistió el acceso. Maldiciendo con toda su alma, rasgó un fósforo y lo acercó a la mecha. La luz reveló a la mujer, incorporada sobre un brazo.

El hombre, cadavérico del susto, contempló la cara moletuda. Reaccionó, y terminó de cargar el tanque sin contestar la mirada interrogante de ella. Una voz delgadita, incongruente, salió del corpachón:

—¿Onde vas con la noche tan fea?

Tembloso, contestó que iba a asegurar las canoas. La mujer le sonrió —maldita sonrisa—, y le hizo señas de que se aproximara. Apretando los dientes, recibió en el bigote un beso blandito. Salió hacia la noche.

Frente a la luz de la lámpara de carburo, el agua blanqueaba como una tela de mosquitero. Con la brisa fría que agitaba las hojas venía aún la advertencia de los caracoles.

Avanzaba a grandes trancos. El suelo y las hojas secas se deshacían, se movía la tierra licuada descubriendo las raíces de los árboles. El Talamanca bajaba en alud.

Frente a una peña, Nicanor detuvo la marcha. Hurgó en la «chuspa», y sacó el taco de dinamita. Alumbrando cuidadosamente, buscó un cuenco apropiado en la roca y acomodó el pequeño instrumento de destrucción. Con los labios fruncidos en rabiosa determinación, prendió la mecha hacia la mole. Al otro lado bajaban en carrera enloquecida los árboles desplazados por la creciente. Un resplandor de fragua, y en la vegetación retumbó un trueno más. El barranco y la peña pulverizados, abrieron paso a un nuevo río que se precipitó hacia el cercano rancho de Nicanor.

La madrugada sorprendió a Nicanor dándole lumbre a la última pipa de la jornada memorable. Triste madrugada decreciente, huérfana de pájaros. Aún caía el aguacero. El ros-

tro de Nicanor se había transfigurado con una expresión de infinita paz. Apagó el fulgor helado de la lámpara al subir la trocha que conducía al caserío de la loma.

Con la visión de las casas relacionó la imagen de Carmen, una chola que no era por cierto muy joven, pero ¡oh felicidad impagable!, flaca como un grillo. Se distinguían siluetas en el umbral de los ranchos. De pronto, todas hicieron gestos alborozados. Nicanor disminuyó la velocidad del paso, desagradablemente inquieto. Casi enseguida entró en franca agonía. En uno de los ranchos se perfilaba, rotunda, su mujer. ¡Dios! Se salvó. Tosió Nicanor. El pecho le silbó desastrosamente. La espalda se dobló, la vista se tornó vidriosa. Como un gorjeo le llegó la voz maldecida de la mujerota, babeante de felicidad. Cerró los ojos con resignación al caer en los brazos amantes. Luego, «crack», un sonido apagado, humildísimo. Sucedió lo que nadie podía evitar. La pasión de la amantísima mujer quebró, como si hubiese sido de cristal, su cuello indefenso de palúdico.

Ante el espanto de todos los vecinos, el rostro sin vida de Nicanor le sonrió a la lluvia.

MARIO AUGUSTO RODRÍGUEZ

MARIO Augusto Rodríguez, (1919), obra: *Campo Adentro* (1947) y *Luna en Veraguas* (1948).

SEQUÍA

CIELO seco. Sol de rayos afilados. Aire caliente. Y, a lo lejos, la permanencia aguda del zigzaguo de los cerros.

—¿Na' de agua?

—Naitica... Ni esperanza...

El cielo estira su perezosa blancura «de canto a canto». Los reflejos del sol amarillentan el aire y sus lengüetazos ardientes queman la paja seca que reposa sobre los ranchos agachados y acuchillan las hojas de los sembrados.

—¡Ya van tres semanas... Y ná!..

—Haberá que hacer otra rogativa, pues...

—Haberá que hacerla... Puede ser que sirva pa' algo...

Aunque ya yo' toi creyendo que Dios como que se ha olvida'o de que nosotros 'tamos viviendo por estas tierras, pues...

Tres semanas... Tres largas semanas... «El Veranito de San Juan» vino, como todos los años; pero parece que le gustó el campo y se quedo tamaño rato. Y ahora, nada que quiere irse...

Los arrozales tiemblan de emoción; ya están crecidos y los conmueve el presentimiento de su madurez. En algunas «rozas», ya los menudos granos comienzan a cuajar. Por eso ahora, más que nunca, necesitan agua, mucha agua. Pero sólo pueden beber sol. Sólo pueden lamer el filo caliente de los largos rayos solares. Y se les van estirando las hojas desesperadamente, con pretensión absurda de llegar a las fuentes escondidas en el subsuelo.

El cielo permanece inmóvil, perennizando su curva panza blanca y dura. Abajo se alargan las secas rajaduras del suelo chocolate.

—Ya vemos hecho dos rogativas... Y ná'...

El señor Cura ha dicho que hay que tener pacencia...

Paciencia. Paciencia y fe, ha predicado, Domingo tras Domingo, el señor Cura. Pero el señor Cura está muy lejos y no ha podido venir a ver cómo los cauces de las quebradas van acercando a la superficie del agua, cada vez más, sus fondos de piedra gris. No puede darse cuenta de que los pozos se van secando con pasmosa rapidez. Por eso él sigue aconsejando paciencia, paciencia y fe.

—Ya vamos pa' al mes... Tuito se 'ta secando...

Ujú... Y lo pior es que esto ya no revive... Haberá que hacer una resiembra...

Las «rozas» son , ahora, sucios y amarillentos mares sin oleajes. Las hojas, lamidas constantemente por el sol ardoroso, se doblan, abrumadas de fatiga.

Los troncos de los yucos se van quedando desnudos: levantan la inutilidad de brazos descarnados que son sus ramas, como pidiendo socorro. De los ñames tan sólo van quedando largos bejucos secos que arrastran por la tierra cuarteada sus terribles imploraciones. Los maizales se convierten en matojos secos: ¡tristes seres sin brazos y sin cabellos!...

—Mes y medio... Y ná'...

—La quebrá 'ta casi seca... Dos o tres días más y se nos van a quedar sin una miajitica de agua los gan'os... La morriña los va a acabar a tuitos...

El aire pesa toneladas de fatiga sobre el lomo del pueblo cansado. Los ranchos agachan más y más sus silencios grises. El viento ciñe un cansancio de plomo en torno a los hombres, en torno a los animales y en torno a los desesperanzados despojos de los plantíos.

Las «rozas» son enormes cementerios de esperanzas. Los animales acuchillan las noches y los días con sus lamentos dolorosos. Los hombres respiran a bocanadas el ancho agotamiento del aire quieto y beben grandes sorbos de desesperación en cada minuto.

Por los potreros, «la muerte seca» va cuajando víctimas. Las vacas tienden los cuerpos huesudos sobre la tierra pelada, casi polvorosa, mugen dolorosamente su profunda impotencia y se van quedando quietas. Silenciosamente, doblan el cuello

sobre la tierra seca, inmóvil de angustias, y sus mugidos de agonía son cada día mas débiles y menos numerosos.

Los pocos pozos no dan agua suficiente para tanta sed. Apenas alcanza, estrándola, para los hombres. A la orilla de los huecos abiertos en la tierra hay constantemente una larga fila de mujeres pacientes. Mujeres de rostros angulosos. Rostros de labios apretados en furioso silencio, rostros de pupilas ausentes, lejanas, perdidas en la raíz invisible de una esperanza. Calladas, las campesinas aguardan turno para llenar las tinajas.

El pozo —viejo, avaro, cruel— hunde allá en el fondo lejano el turbio espejo de sus aguas escasas. Lentamente, con una lentitud que fatiga y desespera, se van llenando los cántaros...

* * *

—Na' de agua... Ni una nube...

—Se van a morir tuitas... Me da lástima verlas ahí tiradas... Y me duele muy hondo oírlas como bramean...

Bernardo y Carmela reposan su fatiga recostados a uno de los horcones del portal. Levantan las miradas de sus ojos, anchos de esperanza, y recorren con ellas el cielo alto: un cielo limpio, imperturbable... Cielo de una brillante claridad que ciega los ojos... Cielo duro...

—Ni una nube, Carmela...

—Naitica, Bernardo... Haberá que matarlas...

Habrá que matarlas...

Las cuatro vacas se habían encontrado frente a la completa imposibilidad de conseguir hierba y agua y se han venido acercando, lentamente, hasta el rancho.

Por debajo del cielo sin nubes, los negros gallinazos trazan las elegantes curvas de sus vuelos fúnebres. Las reses sintieron que el pavoroso peligro de «la muerte seca» las venía acosando. Como una jauría, la muerte casi hunde ya los colmillos afilados en los flancos huesudos. Ese peligro, que los cuatro animales adivinan despiadadamente cercano, las ha venido empujando hacia la casa de sus amos. Allí se quedan, echadas junto a la tranquera del corral y lanzan al aire, de rato en rato, sus largos mugidos dolorosos.

—Ujú... A mi también me duele...

—No puedo 'tarlas mirando ahí, tiradas en el suelo, como pidiendo una limosna de agua... Habrá que matarlas, Bernardo...

—Sí, Carmela... Haberá que matarlas... Pero ellas se han venío hasta acá, onde uno, huyéndole al hambre, huyéndole a la sed, huyéndole a la muerte... ¿Y, entonces, nosotros vamos a tener que matarlas?

—¿Y qué vamos a hacer, pues?... Tu sabei que esa es la suerte... Yya yo no aguanto a verlas más ahí tiradas, esperando que venga la muerte pa' llevárselas... To'a la noche se la pasaron mugiendo y mugiendo... Yyo no pude pegar los ojos ni un ratito...

Bernardo mira el cielo, con una remota esperanza prendida en la orilla de las pupilas:

—Si viniera una poquita de agua... Una lloviznita... Na' más que pa' que se les moje el cuero...

Pero la mujer es sorda a la ilusión imposible.

—Ni esperanza, hombre... —le dice moviendo la cabeza—. Mira... Mirá pa' al cielo... ¿No lo ves tuito estirao y limpio cito 'e nubes?...

—Ujú... Ni esperanza... Haberá que matarlas, pues... Asina será menos pior, porque no tendrán que estar sufriendo más... ¡Tan amorrinás las pobres!

Entra al rancho a buscar el cuchillo; pero entra lentamente, como quien no quiere hacerlo. La verdad es que no quisiera encontrarlo, que no quisiera saber en dónde está.

Piensa que no va a poder matarlas. ¿Cómo va a poder hacerlo?... ¿De dónde va a sacar valor para hundir la hoja brillante en las gargantas de las cuatro vacas?... ¿De «sus» cuatro vacas?

No. No quisiera encontrarlo. Quisiera que se le cerraran los ojos, que se le apretaran muy duro, para no verlo. Quisiera que las manos se le pusieran más gruesas, más torpes, más morenas, como si no fueran las manos suyas, para que no le obedecieran. Quisiera que los pies se le pusieran pesados, muy pesados, como si arrastrara grillos, como si fueran los pies de otra persona. Quisiera...

—¿Qué te pasa, pues?... ¿Ya encontraste el cuchillo, Bernardo?... —le grita desde afuera la mujer impaciente.

—No lo hallo, Carmela... No lo hallo todavía... —murmura apresuradamente, sintiéndose asustado como un chiquillo sorprendido en falta—. No 'ta por ningún la' o...

—Pero si ahí 'ta, hombre...

Ahí está: delante de sus ojos, turbios de indecisión. La mujer tiene que cogerlo y ponérselo en las manos, duras de torpeza.

El frío agudo de la hoja brillante le quema la piel sin vellos de la mano abierta. Los pequeños ojos le duelen de angustia. Una polvorosa sequedad le prende un fogón de leña en la garganta. Y los golpes apresurados del corazón le duelen dentro del pecho.

¡Habrá que matarlas!...

Son «sus» vacas. «Sus» cuatro vacas. Las mismas que compró con ganancias, celosamente economizadas, que había obtenido después de más de diez años de trabajo. Años de trabajo bajo el agua persistente y bajo el sol implacable. Soles terribles, como este de ahora. El sudor le empapaba las ropas; pero él pensaba en «los ocho realitos» que se estaba ganando y seguía moviendo el machete. ¡Corta!... ¡Corta!... Y por la noche los realitos caían, uno a uno, en el «coco» guardado arriba del jorón.

Son «sus» cuatro vacas. Las cuatro vacas que estaban destinadas a ser la herencia de los dos hijos. Las cuatro vaquitas que fue comprando, una a una. Cuando las veía, pensaba en ellos: en los dos hijos...

Y ahora, habrá que matarlas...

Si las dejara vivas, la sed y el hambre irían consumiéndolas lentamente, horriblemente. Y ya no aguanta verlas sufrir más, porque les tiene cariño, como le tiene cariño al rancho y a la «roza». No aguanta verlas como muerden el suelo pelado. No aguanta oír los mugidos tristes con que los cuatro animales parecen sollozar.

Con el cuchillo será muchísimo mejor para las pobres reses, porque será todo mucho más rápido. Así, no habrá el tor-

mento largo de la sed y del hambre. Serán, tan sólo, cuatro prolongados mugidos dolorosos. Y ya no sufrirán más.

¡Matarlas!...

Ahí están, al alcance de sus manos. Ahí están, delante de sus ojos, con las ocho pupilas, anchas y limpias, claritas como el agua, mirándolo con una tranquila mansedumbre. Las pobres bestias, agotadas por la sed y por el hambre, ni siquiera intentan levantarse. Le clavan en el rostro las hondas miradas tranquilas y se queda quietas... Quietas, como el cielo... Quietas, como el viento... Quietas, como la fatiga de la sequía...

Por la hoja brillante del cuchillo corren las risas de mil luces asesinas. La mano aprieta los dedos, dolorosamente, sobre la cacha de madera, y un sudor pegajoso y frío le corre por la piel de la espalda.

¡Matarlas!...

Hundir en las gargantas la hoja ancha y afilada y oír el temblor de los últimos bramidos dolorosos...

¡Matarlas!...

—¡Ahí va!...

Ha cerrado fuertemente los ojos. El cuchillo entra, hasta la cacha, en la suave carnosidad de la garganta. Un mugido sordo sale por la boca ancha de la vaca y un estertor espumoso se envuelve en la sangre que brota de la herida y se le mete al hombre por los ojos, por la nariz, por los oídos: ¡por todos los poros de la piel penetra la espuma roja del estertor!... Y un lengüetazo de sangre caliente le lame y le tiñe de aliento rojizo el brazo y el pecho...

Con los ojos fuertemente cerrados y con los dedos morenos apretados sobre la cacha del cuchillo... Una furia criminal le muerde en las raíces de los músculos de los brazos y le grita en cada dedo de las manos y una locura homicida le corre por dentro de la cabeza, caliente de sol y colorada de sangre.

Tres mugidos, livianitos como quejas, se levantan en el silencio y se extienden en el aire seco, enrojeciéndolo.

Ahí están... Ya están muertas...

—¡Carmelaaaa!... ¡Las maté!... ¡Ya está muertas, muertecitas, Carmelaaaa!...

El llano se ha puesto rojo. El cuchillo se ríe con rojas carcajadas. En los ojos del hombre se agrandan rojas angustias. La camisa transparenta rojas humedades. Las venas de sus brazos dibujan rojos cauces a través de la piel. Y en el cielo el rojo más colorado se pasea orgullosamente por entre las nubes blancas...

—¡Mardita sea!...

Levanta en el brazo rojo el rojo cuchillo y la insensata imprecación se eleva majestuosamente en el aire, quieto le asombra, y abofetea la bóveda celeste con ruido de seca protesta...

—¡Mardita sea!...

Y nuevamente el salivazo de la blasfemia hiere el azul del cielo.

De pronto, como si el cielo se sintiese ofendido, un trueno retumba tras de los cerros grises... Otro trueno... Y otro...

El cielo se llena de truenos horrisonos. Las nubes aparecen a lo lejos. Luego, se acercan rápidamente, en furiosa carrera. Son negras, como fantasmas... Espesas... Sombrías...

Y sobre el rojo brazo del hombre, que alza hacia el cielo el cuchillo sangriento en audaz maldición, se desata el aguace-ro, como la respuesta de Dios...

RAMÓN H. JURADO

RAMÓN H. Jurado, (1922-1978), obra: *Un tiempo y todos los tiempos* (1975).

HERENIA, LA LEJANA

A Boris Zachrisson

ME aproximé con sigilo. Seguro estoy que no sospechaba mi cercanía. Sin embargo, con precisión increíble, tornó el rostro, clavándome sus ojos hondos, tristes como la distancia. Mirándome indefinidamente, sin asombro por mi insólita aparición, dijo bajo la mirada imprecisable:

—Vienes como desde el tiempo.

Me aterró semejante recibimiento. En realidad habían ocurrido tantas cosas que, en cierto modo, éramos sobrevivientes. En el mismo tono de cansancio agregó:

—Dónde estuviste toda esta eternidad?

Me resultaba difícil encontrar respuesta para sus palabras. Me llegaban envueltas en un aire de fatalidad y no encontraba el modo de penetrar esa densa soledad que la envolvía.

—Ni yo mismo lo sé.

Y como si no hubiese entendido mis palabras, insistió:

—Qué te trajo desde tan lejos?

—No me encontraba lejos— respondí de inmediato tratando de romper el halo fatal que la arrastraba.

—Ah —dijo. —Yo te veía caminando siempre hacia mí, siempre, de día, de noche, a todas horas y nunca he podido comprender por qué no llegabas...

—Soñabas y a veces los sueños pierden... —Y como si hablara con otra persona, expliqué: —Jamás podríamos encontrarnos porque andábamos por mundos distintos.

—Es cierto. —Y como si su voz me llegara con neblinas: —Han pasado tantas cosas...

—Lo sé. Por eso estoy aquí.

—Y eso qué soluciona?

—Nada. Pero conversar ayuda....

—Es cierto.

Tras esas palabras, se abrió un espacio. Yo sentía que no sólo era obra del silencio que se alargaba en ese atardecer sin luz ni ruidos, sino algo físico, sólido, como si sucesivas olas de tierra nos alejaran. Entonces sentía que desde esa otra orilla en donde ya se desdibujaba me llegaban sus palabras. Eran hojas enloquecidas que vientos extraños lanzaban contra mí.

—Crees que la muerte rejuvenece? —la oí decir desde tan lejos.

—No sé. Todo lo que tiene que ver con la muerte es misterioso...

—Pues sí, rejuvenece —me replicó, segura de sí. Y prosiguió: —Recuerdas la noche aquélla, la última en que tú y yo nos vimos, cuando inesperadamente apareció ante nosotros...?

Reconstruyo el grotesco espectáculo. Ella, muy junto a mí, hablaba cosas de su inmensa imaginiería. De pronto surgió él, frente a nosotros. Ella no hizo el más leve movimiento. Ni siquiera cesó de hablar. Cuando se detuvo fue para levantar lentamente la mirada hacia él y sostener el silencio. Entonces, no sé si asustado por su irreverencia o decidido a lo irreparable, dijo: «Decídetes. Te quedas con él o vienes conmigo». Él, allí, de pie, muy cerca, aguardando el infinito; ella, con la mirada perdida en su rostro agredido por las sombras, silenciosa también, y el tiempo paralizado. Entonces, con esa misma voz que ahora me habla, dijo: «Espérame». Y volviéndose a mí, simplemente agregó: «Adiós». Desde entonces son muchos los años transcurridos.

—Desde luego, la recuerdo —respondí como quien despierta.

—En ese momento decidí de una vez por todas mi vida. Cuando me alejaba hacia él y permanecías a mis espaldas sentí que un manojo de hilos azules —por qué serían azules?— se rompían uno a uno. Cuando estuve a su lado, ví cómo te devoraba la lejanía.

Hizo una pausa como de ausencia y yo la oía, sin atreverme a interrumpirla, porque su voz me llegaba desde la otra orilla. Siempre con un dejo indeciso entre el cansancio y la agonía, prosiguió:

—Vino aquello horrible del matrimonio y los enormes años. Los días como desiertos... las noches eran silencios largos donde los recuerdos ni siquiera se aproximaban.

Volviéndose repentinamente hacia mí, dijo:

—Recuerdas bien cómo era?

—Sí. —respondí.

—Era normal. Más bien feo, pero de un contorno agradable. Y como tú... Es más... diría que era más joven.

—Es posible.

—Pues bien, un día cualquiera descubrí un hecho curioso. Lo encontré en un detalle insignificante, tan insignificante que no puedo memorizarlo. Pero era evidente el acontecimiento: Envejecía! Envejecía ardientemente. El descubrimiento desató en mí una insana curiosidad. Desde ese momento me di a perseguir la más mínima señal en su rostro, en su andar, en sus brazos. Así constaté, por ejemplo, que los ojos se le achicaban; que los brazos enflaquecían vertiginosamente; que la cara se le encogía, se achicaba velozmente. Era un proceso rauda, sencillamente monstruoso. En ocasiones le decía: «Te sientes bien?» Y él respondía: «Perfectamente». Yo lo acosaba: «No te notas nada extraño?» «Absolutamente» —respondía mientras me reprochaba: «Tú siempre andas viendo cosas».

En este momento hizo una larga pausa, buscando sabe Dios qué recuerdos en el horizonte. Yo no atinaba a decir nada, ni a tocarla siquiera, porque para entonces, crecía en mí la convicción de que no era otra cosa que un recuerdo que me hablaba. Regresó desde lo más extraño y dijo, mirándome, por vez primera, fijamente a los ojos:

—Yo te diría que fue cuestión de días. Envejecía aterradoramente. Era tan obvio el hecho que todos callaban por compasión. Sólo él no percibía cuanto le estaba sucediendo. Nosotros lo atribuíamos al exceso de trabajo porque, evidentemente, se entregó al trabajo con frenesí morboso. Era un trabajador perseguido por la fatalidad. Era el esfuerzo tenaz, agotador, sostenido, sin éxito. Daba dolor contemplar su afán inútil, ese diario comenzar, ese desesperado entusiasmo por empezar lo que siempre concluía en fracaso. Y él no parecía comprender cuanto le sucedía, que a cada nuevo día, que al final

de cada nuevo intento, su situación era más desesperada. Un día me dijo:

«—Quiero que tengas todas las cosas en orden.

«—Qué cosas?, —le pregunté.

«—Las cosas, pues» —fue toda su respuesta.

—No mucho tiempo después, me dice en tono grave aún, pero sin ceremonias:

«—Toma este dinero y consévalo. Puede serte útil en cualquier momento.

«—El dinero siempre es útil en todos los momentos» —le respondí yo sin comprender si había algún significado oculto en sus palabras.

«—Yo sé lo que te digo» —agregó por toda explicación.

—Nunca supe la cantidad y por mucho tiempo olvidé definitivamente en dónde lo había colocado. Sólo aquel día, como iluminada por un reproche, recordé con una precisión increíble el sitio en donde se encontraba el dinero, cuya utilidad era en esos instantes, precisamente, desmesurada. Por esos tiempos los rastros de la vejez se le acumulaban apresuradamente por todo el cuerpo. Sabes...? Me duele y me desagrada hablar de estas cosas...

—A veces conviene hacerlo.

—Es cierto —repitió como en la primera ocasión—. Por eso lo hago ahora. Así, pues, sobra decirte que poco era lo que quedaba ya de su porte elegante, de su pelo rojizo, de su piel tersa, porque la ancianidad lo devoraba sin piedad. Era algo grotesco, indescriptible. A tal punto había avanzado el misterio que no era fácil reconocerle. Sólo él ignoraba cuanto le estaba ocurriendo. ¿Lo ignoraba en verdad? Un día salimos con un propósito definido que ahora mismo no recuerdo. No bien nos alejamos de la casa, me dijo:

«—Debo regresar. Olvidaba que tengo una cita y necesito unos papeles que están en casa.

«—Te acompaño —le dije.

«—No hace falta —replicó—. Es necesario que cumplas cuanto antes ese encargo. Te veré luego».

—Sin más explicación detuvo el auto y regresó a casa mientras yo tomaba rumbo distinto. Anduve sin concierto por

muchas partes. Algo me incitaba a no regresar. Pero un desasosiego mayor me indujo a volver y así —alzó hacia mí sus ojos— a poca distancia de la casa una aglomeración insólita me previno de lo sucedido. Una voz vecina me dijo: «Herenia, no sigas». Ya no tuve dudas. «Si yo no quiero seguir —le respondí—. Me quedaré en su casa». Cuando la multitud se desvaneció y todo parecía plácidamente normal, me encaminé a casa envuelta en una absoluta serenidad. Todo estaba igual allí. Hasta pensé que sólo habían sido alucinaciones, estorbos de los presentimientos. Estuve recorriendo la casa, lenta y maliciosamente, buscando algún signo que aplacara mis temores, mas nada delataba el acontecimiento. De pronto, un lamentable descuido de quienes quisieron privarme de cualquier horror, me situó frente al suceso: desde la puerta del baño, comenzaba a avanzar hacia la sala un hilo de sangre. Fue el presagio de la revelación total. Entonces alguien, ante lo irreparable, me dijo cuanto sucedió.

En ese momento comencé a sentir extrañas sensaciones en mi cuerpo, particularmente en la cara. Pequeños y sostenidos tirones bajo los ojos me hacían pensar que mi piel se estiraba. Semejante era la sensación de que se me amontonaban las arrugas. Pero esta angustia creciente se detuvo cuando nuevamente me sujetó la voz transparente de Herenia:

—Sólo volví a verlo en los funerales. Te juro que no me atrevía a aproximármele. Sin embargo, en cierto momento, algo me levantó de mi asiento y me condujo a él. Entonces lo miré detenidamente, sin asombro y sin agonías. Aquí, sobre la sien derecha, la sombra de una mancha indicaba el sitio por donde penetró la bala. Sólo eso. Pero lo insólito, lo profundo y adorable era que, así, en plena muerte, su rostro estaba envuelto en una tersa juventud. Habían desaparecido las arrugas monstruosas. La boca deformada por la ancianidad, recobró su juvenil encanto; el pelo volvió a su color rojizo, en fin, te digo, que nunca fue más joven ni más hombre que entonces, cuando la muerte había apartado de su rostro la angustia terrible de vivir...

En ese momento me levanté de improviso, aturdido por una terrible convicción, por una certidumbre que se volvía ho-

rror. No eran los huesos, ni el alma. Era mi piel la que se transformaba; sentía que el tiempo se arremolinaba en mi rostro haciendo surcos, arrugas, ojeras, manchas, escamas... Eran años y años que me aniquilaban el rostro y encogían mi cuerpo. Ya, entonces, no tuve dudas. Caminé despavorido, sin propósito, como si huyera de algo, hasta que, sin saberlo, me detuve frente a los cristales de la ventana. Allí, el temor me hizo piedra. El presentimiento me entumecía, sin que me atreviese a levantar el rostro. Finalmente, cuando de nuevo intentaba huir, tropecé con mi cara en el cristal. Fue lo último. El estupor definitivo. No había envejecido. Mi rostro estaba igual. Al volver la mirada hacia ella, lo comprendí todo: la ancianidad la había devorado.

CARLOS FRANCISCO CHANGMARÍN

CARLOS Francisco Changmarín, (1922), obra: *Faragual*
(1961).

SEIS MADRES

Para María Escallón de Robles.

OCTUBRE se porta esta vez maravillosamente. Las horas se deslizan de las nubes en hilillos de plata. Mientras camino mi cabello se humedece y los zapatos se empapan en los charcos de agua de la calle.

Cuando la gente me observa pensará que voy complacido, porque el mes llorón se ha presentado justa y perseverantemente.

Perdiéndome en la calle miro hacia atrás. La gente sigue hablando de mí. Soy su punto de fuga, el centro de interés. Mientras, la lluvia cae. ¿Qué saben de mí? Considerarán en su cotidiana conversación que yo, por el hecho de vestir un saco de paño y una corbata, no tengo problemas que resolver. El mundo es así. El mundo de la gente que conversa en la esquina del pueblo. Esa gente está allí, sencillamente, porque tiene hambre. Yo cruzo por la calle, atareado en regresar de mi labor, porque tengo hambre. Nos diferenciamos en el hecho consistente en que yo tengo trabajo que me permite conseguir dinero y esa gente no lo tiene.

Lector, Ud. perdonará que le diga algunas razones que yo considero indispensables para que comprenda claramente por qué escribo. Ud. piensa encontrar un cuento sobre SEIS MADRES. Hasta la fecha no lo está leyendo, pero lo encontrará unas líneas adelante. Debo añadir que a medida que escribo sobre la máquina modifico lo que el año pasado construí. Pues ya este cuento lo publiqué. Lo hice, como lo repetiré adelante, para ganar un premio en un concurso que efectivamente gané. Esta corrección se debe a la conciencia que tengo de que necesitaba ser corregido. Un cuento es como todas las cosas: imperfección, evolución. Lo que hemos he-

cho hoy lo corregimos mañana. Bien suele ser la corrección sobre la misma pieza o en trabajos posteriores. Lo peor es que uno crea que sus trabajos están exentos de errores. Además, algunos críticos trataron de ayudarme. Por ejemplo, lea la crítica que me hizo el novelista Ramón Jurado: «el cuento de Changmarín nos pareció bueno. Por momentos llega tonos de confidencia que apena. A ratos juega con el lector con una candidez y claridad que nos vence. Pero quisiéramos decirle a Changmarín la importancia que para nosotros tiene la forma. Hay que castigar la expresión. Ligeros descuidos marcaron párrafos de gran belleza y sentido». De otra manera el escritor Renato Ozores nos dice: «¿Qué se ha propuesto Changamarín al escribir este cuento cruel?». Y agrega: «Seis madres da la impresión de estar escrito a chorros, vertiendo, sin contención, una serie de emociones fermentadas en silencio y usando las palabras, no para vestir, sino para desnudar el pensamiento, como decía Unamuno.» Y finaliza: «Seis Madres no es un cuento, o al menos, no es un cuento cualquiera. Si acaso, es un gran cuento. Estilo descuidado, palabras repetidas innecesariamente, desarreglo en la forma. Todo cierto, pero ¿qué importa? Con todos estos defectos es un gran cuento, un cuento vigoroso. Hay en él una enorme sinceridad y lo importante es decir las cosas —afirma Pío Baroja, el gran desaliñado de la Literatura— y no la manera de decir las». Así como los autores antes enumerados concuerdan en el que el cuento SEIS MADRES, que Ud. tendrá oportunidad de leer más adelante, tiene errores, también los entiendo yo. Por ello repito, mientras escribo trato de corregir lo hecho.

Hay fenómenos que semejantes a los partos de la naturaleza se dan con todo el placer y todo el dolor. Pero ello extingue, debilita, enferma. ¿Ha mirado Ud. cuando los cedros fructifican? ¿Ha observado que pierden las hojas y quedan desnudos dolorosamente? Muy a pesar de eso me propongo escribir este cuento, porque al hacerlo se desarrolla en la orilla de mis ojos una esperanza.

Mire, llego a casa; cuelgo el saco de un horcón; me descalzo y noto que las medias están íntegramente mojadas. Recuerde que estamos en el lluvioso mes de Octubre. Con unas

chancletas que elabore de unos zapatos inservibles paso el resto de la tarde. La cena esta caliente; así está el catre familiar también. Son éstas dos cosas que me animan. En medio de la frialdad malárica del ambiente sorbo la sopa cálida y mastico la carne recién salida de las brazas. Pero, después de la comida, la digestión se retarda bajo el peso de una verdad irreductible: ¿cuál es la realidad que mueve mi existencia?

En el pueblo, es una de sus esquinas tan bochinchosas y simpáticas, los hombres comentarán cosas diferentes mientras la «octubrero» se desliza pasmosamente. Un día lluvioso, como el que he apuntado, leo en un diario de la Capital una noticia sobre un concurso de cuentos, cuentos sobre la Madre. Gran tema. Eran cien balboas para el primer premio. Confieso que pasé varios días luchando por inclinar el testuz de mi espíritu bajo la fuerza de mi organismo, y éste venció fácilmente. ¿Qué significan cien balboas en la vida de un hombre? Cualquiera puede decir: no significan nada. Pero yo he repetido varias veces esa suma de dinero. Si yo ahora tuviera cien balboas en mis manos... ¡cuánta cosas resolvería con ellos...! Pero, ¿habría yo de escribir un cuento para un concurso de Panamá? ¿No he oído decir que los concursos se crean para favorecer a ciertos autores? Pero es, precisamente, porque estoy convencido que con el nombre de la Madre no se va a trampear, por lo que me someteré.

El trabajo agota cuando no rinde. Eso, que le sucede a la mayoría de los hombres en Panamá, me sucede sencillamente a mí. No me quejo de mi situación, trato de resolverla. Y trato de mejorarla sabiendo que un solo hombre no puede hacer nada. Por otra parte, la familia crece; las necesidades aumentan; las tiendas venden más caro cada día. Pero no es todo. Hoy es la fiebre de mi mujer; mañana, el trancazo de la hija; después, las angustias de mi madre. Mientras, la medicina está carísima y claro es que nos da un temor, un álgido temor llevar el familiar al médico. Cobro el cheque; lo distribuyo haciendo maromas entre las deudas sobre el alquiler, la comida y la luz. Los elementos básicos para subsistir. Después no me queda del cheque otra cosa que el recuerdo verde desteñido de su color. En esos ratos, se nos clavan agudos alfileres en los

costados. Alguien enferma. Ud. lo ha hecho: corre a casa de un amigo que le ha de hacer un préstamo. Lo consigue. Ello da un aliento breve; el pensar que todavía hay quienes presten dinero. Se dirige Ud. a la clínica del médico. Entra a la sala de espera. Yo tengo confianza en los doctores, es verdad, pero la visita blanca me disgusta porque destruye el sentido de la sociabilidad; se visita y se paga. Hay que pagar sobre el dolor. ¿Por qué los médicos ven todo a través del dinero? Una consulta cuesta seis balboas. Luego se añaden las recetas indispensables. Parece imposible acabar con esto. Hay que gastar diez balboas mensualmente sobre medicina. En contra de los médicos no se puede hablar; tarde o temprano tenemos que caer en sus garras. Después, ha de venir, en una noche de angustia, un papelito blanco, rasgado, escrito con lápiz, en el cual se nos cobra el dinero que solicitamos. No duele el trabajo que hay que realizar para pagarlos. Ahinca en la carne la pena de no poder pagarlos a tiempo, o de no pagarlos dolorosamente. En esa forma uno se llena de largas cuentas, como el cuerpo se puebla de espesos granos, y el sueldo se mantiene extático, en sus ridículas cifras.

Los hombres tenemos que luchar por un estado en el cual no se permita morir a nadie de hambre ni de hartazgo. Observe Ud. que son profundos los sentimientos que me arrastran a escribir el cuento que leerá; que es justo y noble que lo escriba por cien balboas.

Todos estos pensamientos me asaltan en las lánguidas noches de invierno. Aquí llueve, llueve todos los días. No hay manera de secar la ropa. No podemos, mi mujer y yo, lograr que mis únicos zapatos, unos chocolates que tengo, puedan secarse, deshumedecerse tan solamente. Porque puede haber aliento de vida en un hombre; confianza en el porvenir, mientras sus zapatos se mantengan cálidos y secos. La tragedia del latinoamericano consiste en caminar con los zapatos húmedos. Es que necesitamos un poco de calor bajo las suelas.

Estas noches de Octubre son así. Esto me debilita. En medio de la vida que Ud. se da cuenta que llevo, amo la belleza de la noche lluviosa con su luna mojada, el jazmín empapado y algunas que otras ranas cantarinas. Se presenta la noche col-

mada de encantos, porque así es Octubre, y el día desnudo, frío y lleno de necesidades, porque así es Octubre. Cuando pienso esto en mi catre, en el otro mi mujer, una hermosa muchacha, se revuelve con una barriga de ocho meses. Estira un brazo hacia abajo, tratando de asir un pedazo de manta. Allá en la cuna, habla dormida nuestra hija de año y ocho meses, una cholita. Serán, entonces, las doce y media de la noche, y pienso, ya que la lluvia insiste con su viento vagabundo: ¿qué será de mi Madre y mis hermanos, que viven en un estrecho cuarto de zinc, por donde se cuele el agua?

¡Sí! Es la manera como se presenta la vida. Hay necesidad de cubrir el cuerpo y dar al estómago un alivio de tortillas fritas al amanecer.

Pero al amanecer nos azuza de nuevo la belleza de la lluvia traspasada por una miseria de sol. Vislumbramos, otra vez, las deudas la ropa insuficiente. Mi hija, que parece una muñeca sucia, me llama a gritos; luego me besa. Mi esposa prepara el desayuno. En el vientre carga un ciudadano del futuro, que ha de encontrar este mundo peor, seguramente. Si este Gobierno comprendiera el problema de una madre joven... Si calculara los fastidios y los dolores por los cuales hay que brincar para contribuir al desarrollo del nuevo hombrecito. Aquí emerge el sentido de la madre. Ella, mi mujer, que tiene una alimentación mal balanceada está rosada y fresca. Gracias hay que darle a la naturaleza, porque es más comprensiva que los diputados, y los presidentes, muy a pesar de que ellos también tienen madre.

El ocho de Diciembre se acerca. Es el día blanco en que las gentes celebran las gracias a las madres, en el País. Mi mujer es una de ellas. ¿Con qué le haremos su fiesta? Pero creo que eso no importa. Lo primordial es vestir al niño que nacerá pronto. Lo indispensable es tener dinero para pagar el hospital, para que ella dé a luz con las comodidades del día y con toda la previsión del caso.

Después del desayuno limpio ligeramente, con una pana, mis zapatos; descuelgo el saco del horcón; ajusto mi corbata; doy un beso a la cholita que me dice adiós desde la rejilla que la libra de la muerte por algún carro desenfrenado. Camino al

lugar donde trabajo en medio de la lluvia pertinaz y de los charcos de agua. Los muchachos estudiantes me miran pasar y me saludan conjuntamente con los vecinos. Todos muestran unos rostros sonrientes. Yo sonrío también. No he de vivir triste. Amo la risa y le rindo ejercicio. Miro la mañana y el sol se despliega en mi frente. En el fondo, mi corazón me pregunta: —Oye, ¿en dónde conseguirás dinero para llevar tu esposa al hospital? Precisamente cruzo frente al hospital Provincial y el rótulo que dice: «haga silencio» me hace pensar silenciosamente. Mi corazón insiste: —¿Con qué dinero llevarás tu mujer al hospital?

—Iré de caridad —le contesto.

—¿De caridad? —pregunta mi corazón y agrega: —¿qué diría la gente? ¿La gente que te conoce? ¿Crees tú que no le resta mérito a tu posición?

—¡No!

—¿No te importa con la gente?

—Sí —le respondo—. Me importa la gente sobre las cosas reales, y, hasta cierto punto, sobre los asuntos morales. Pero en mi caso, el mismo médico, en la misma sala de operaciones, con los mismos instrumentos atenderá a mi esposa. Entiendo que todas las madres del país deben ser atendidas por igual. Y pienso que no deben existir salas de pensión. Por ello, no me importa lo que la gente diga. La gente, en su mayoría, es tan muerta de hambre como yo; pero la vanidad, falta de educación, la ciega.

—Pero a tí también, te ciega —me contesta el corazón—. No podrás —añade— mandar a tu mujer a sala de caridad. Yo, que soy tu mantenedor, he escuchado lo que sientes cuando piensas esas irregularidades. Tú odias el término «caridad». ¿Quién da esa caridad? ¿No somos nosotros mismos? Tú sabes que mientras el Gobierno entienda como una política de caridad los servicios que tiene que prestar está procediendo injustamente, y tú no te vas a someter a una injusticia social.

Y en diciendo eso último el corazón, yo llego a mi trabajo.

En mi trabajo salta otro problema. Otro sencillamente humano. Ud. lector sabe lo que estamos viviendo de política. Los políticos tratan de hacerle favores para ver qué consiguen

con ello. Esta situación se pone desagradable. Uno tiene que hacer política. Todos tienen que hacerla. Pero en eso se rodea de amigos embusteros y enemigos despiadados. Unos buscan los votos y otros, la manera de arrebatarle el medio de subsistencia.

Mi madre, en medio de su sencillez, me conversa sobre la inconveniencia de la política panameña. Pero yo insisto. Hoy, al pasar por el cuarto en donde vive, en donde lucha por existir, me dice lo de siempre: la enfermedad que la desalienta trágicamente; lo que hubiera significado, para su vida, un pedacito de «chance» de la lotería; sobre el agua miserable que, al penetrar entre las rendijas, mojó todos los catres y los banquillos. Entonces, aquí pienso vehementemente en lo que significarían cien balboas en los huecos de mis amarillas manos.

Con estas esperanzas vuelvo por la misma calle de entonces. La gente que está en la esquina conversa y habla de mí por lo bajo. Yo no les tengo odio. Sé que los hombres, por muy perversos que sean, tienen, en el fondo, algo de bueno que puede ser utilizado en beneficio de la felicidad de los demás. Lo malo está arraigado, con cuernos y largos pelos, en el corazón de la sociedad, de la sociedad americana mal organizada.

Yo sigo mi camino. La gente que está allí, por ejemplo, es la consecuencia de la organización de nuestra sociedad democrática y religiosa. ¿Qué hacen ellos? Nada. No hay trabajo por aquí. No hay. Si yo que trabajo tengo mis problemas graves, ellos que no lo hacen, ¿qué tendrán? ¿Todos los días, acaso, habrá sobre la mesa un plato de sancocho? ¿Se visten sus hijos? ¿Qué clase de carne consiguen en el mercado? Ellos, que tienen menos dinero que yo, pero que necesitan mantener más hijos, ¿cómo hacen cuando los niños enferman? Seguramente irán a la Iglesia todos los Domingos y rezarán para que Dios se apiade. Es más: la religión les enseña a resignarse. ¡Dios... ! Pero Dios no consigue pan y ropa. ¡No! Dios no oye... El que tiene que oír es el oído de la Sociedad y del Gobierno. Pero en esto, el hombre de América está equivocado.

Como todas las noches he vuelto hoy sin encontrar el tema para el cuento que deseo desarrollar. Necesito hacerlo, porque cien balboas aliviarán este tormento. En el cuarto, pá-

lido por la luz de la calle, miro detenidamente a mi mujer. Sus ojos, que de día son casi amarillos y casi verdes, ahora, sobre el campo del tambor representan la paz y la dulzura. ¿Qué significa la mujer de uno? ¿La esposa de un hombre pobre? Juntos los dos nos tiramos en el catre. Juntos despertamos en la fría madrugada. Nos clavamos los ojos mutuamente. Brilla el sol en las sábanas cuando empieza la brega. Crece la fatiga con el calor tropical. Viene el hambre y todo por los dos.

—¿Lo encontraste? —me dice ella.

—No —le contesto, y la miro tratando de sacar de su bairo suave el asunto de mi composición.

Es una madre joven. Madre del futuro incierto de la Patria. Un futuro de hambre y enfermedades. Hoy carga en el vientre un ciudadano. Trabaja conmigo y no se queja de nada. ¿Vivirá feliz? ¿O llevará en sí una tristeza comprimida? Lo cierto es que está frente a mí, y yo la miro. Quiero ir más allá de donde se me presenta, pero fracaso en el intento. De ella no puede ser. Dejémosla en la paz de sus ojos verdes.

He regresado al campo. La idea de escribir un cuento para el día de la madre me inquieta. Bajo el grande espavé, con los pies en el arroyo que pasa rápido, miro el azul del cielo. Octubre está cansado de llover y hoy se presenta claro y brillante. Esta tranquilidad me agrada. El bosque espeso de higos, cedros y guayabos. Luego el llano suave, silencioso. Con el lápiz trazo paisajes en el cuaderno de apuntes.

¿Qué escribir? Yo he vivido una vida intensa, casi soy un viejo, si pienso lo que dice: «no es más viejo quien más años tiene, sino quien ha sufrido y gozado más en esos años vividos». Escudriñando, quizás en mi memoria podría encontrar el argumento. Mi madre nació aquí, en este campito abandonado. De este lugar se la llevaron cuando era bella como una paloma. Pero en el pueblo quedó callada su garganta, que en otras horas cantara alegremente. Nacieron mis hermanos. Nací yo. En el pueblo anduvimos como perros extranjeros, de cocina en cocina y de tugurio en tugurio. Así nos levantamos, si

a eso puede llamarse levantarse. Sola cargó con ese peso que le puso cruelmente la sociedad. Hoy está triste y enferma. ¿Quién tiene la culpa? Mis abuelos, por aquel entonces, dijeron que ella. Por loca; por enamorarse con poblanos; por novelera. Pero no... La culpa es de la educación mal dirigida y peor representada, que enseña al campesino los oropeles del pueblo sin estudiar la realidad rural. La culpa es del campo sin recursos. De los ganaderos que han ido extendiendo sus potreros hasta los muslos de los trabajadores del campo. Ha sido de los Gobiernos pésimos que se han repetido en la República. Gobierno que no han podido dirigir la ganadería y la agricultura sin que una estorbe a la otra. Cuando el campo ya era una zona desértica, las muchachas y los muchachos emigraron a la ciudad. Pero en el pueblo los hombres —siempre el hombre comiéndose al hombre— hicieron esclavos a los muchachos y a las muchachas perjudicáronlas, hiciéronles hijos y las abandonaron. Si los oligarcas ignorantes o cínicos y no menos defectuosos —ha habido ciegos, sordos, cojos, y esquizofrénicos— que nos han «gobernado» no han podido organizar la agricultura y la ganadería, mucho menos podrían enderezar las relaciones entre los hombres y mujeres, que son consecuencia de la estructuración de la agricultura, la ganadería y la producción en general. Los hijos de aquellas mujeres campesinas, hermosas y trabajadoras, hemos nacido de ese modo. ¿Acaso brote la vergüenza en nuestros ojos? ¡No...! Un gran deseo tenemos: organizar el Gobierno con bases nuevas, de manera que la ganadería no acabe con la agricultura ni que los hombres estropeen las mujeres. Así que todos tengamos una cama sobre la cual descansar y no haya nadie que pueda tener más de una.

Mi madre, como todas aquellas muchachas alegres y silvestres, dio allá en el pueblo manotazos al pecho de la vida, para sacar el sustento para los hijos que los hombres no pudieron mantener, hasta que las fuerzas disminuyeron por alguna enfermedad contraída en la lucha por ajustarse. Es mi madre una gran madre a mi parecer, pero no es justo que sobre ella escriba mi cuento.

Mi vecina, la esposa del Ingeniero Martínez, es feliz. Eso piensan algunos. Tienen dinero que gastan como quieren y suplen así todas sus necesidades y hasta los deseos más extraordinarios y extravagantes.

Era lo que decía hace un rato: al pie de la miseria más alarmante, se puede hallar, en la América, la riqueza más ostentosa. Mi vecina tiene dos hijos, rubios como dos mazorcas. Es buena, contradiciendo su afán de extremado lujo. Me ha prestado dinero cuando yo se lo he pedido. Pero en su materia algo hay, muy amargo, que la martiriza.

De labios del Ingeniero escuché decir lo siguiente:

—Los hijos me los llevaré.

—No —dijo ella—, me matarás... No... ¡Mátame mejor, ya! ¡Tú no comprendes, hombre, tú no comprendes mi caso, nunca lo comprenderás!

—Tu caso —dijo él—, es el caso de las vagabundas.

—Estúpido —contestó mi vecina.

—No grites. No escandalices más —dijo él, y agregó— ¿Te parece poco?... ¿Yo mismo te he parecido poco, verdad? ¿Acaso no soy un hombre entero? ¿Por qué buscas amantes?

—No sé, Gertrudis... no sé. Pero no me abandones. No te voy a mentir... Lo quiero a él, de una manera distinta de como te quiero a tí. Tú no quieres comprender. Pero, mejor, llévame de aquí. Te lo suplico... Gertrudis, llévame de aquí —terminó diciendo ella embargadamente.

Pero el Ingeniero la abandonó. La dejó sola con su cocinera y con la casa vacía. Mi vecina, desde ayer, no ha hecho otra cosa que llorar. Yo sé que el Ingeniero es un hombre magnífico. Se ha formado por su esfuerzo propio. Nadie niega su bondad. Es sencillísimo en el trato. Ama profundamente a su esposa. Esto lo sabe todo el mundo; pero ahora la ha abandonado, lo que es como si se abandonara a sí mismo. Para la mujer, ¿qué significado tendrá la vida en este día? Ella quiere a su esposo, pero idolatra al amante. El amante es un hombre correcto según el conocimiento que los demás tienen de él. Se ha desbaratado este matrimonio rico por la acción de tres per-

sonas correctas. Dura se ha de presentar la existencia para mi vecina. ¿Qué concepto me formaré de ella, ahora? ¡Es tan buena! Cuando mi Madre enfermó, hace unos días, ella cuidó de mi mamá, como si fuese una hermana. Sus preciosos hijos, a pesar de sus vestidos caros, se «empuercan» con mis hermanitos en los charcos de las calles, y roban las mismas frutas. Además, ella, con sus treinta años, es bellísima, aún. Linda como lo es y delicada ha de sufrir doblemente. No hace más que llorar, porque la presencia del amante no suplirá, en ningún grado, la ausencia de sus dos hijos. Ayer, en el patio, mientras lloraba, me decía las razones de su desgracia. Creo absolutamente que es una buena madre. ¿Qué piensa Ud. lector? ¿Mala o buena? ¿La compadece? ¿La recrimina? Sobre mi bella vecina podría escribir mi relato pero lo que me confió es demasiado personal para que te lo cuente a ti, lector. (Supóngase que mi vecina leyera este cuento y se diera cuenta que ella es el personaje central: ¿qué me diría? Por lo demás, el Ingeniero Gertrudis sería capaz de matarme.)

Corre el arroyo entre mis pies que se agrandan, se tuercen y se achican. El bosque empieza a florecer y el llano se puebla de fragancia de los guayabos y los higuerones florecidos. El viento trae en su falda volandera muchas cosas. Silva entre las gruesas ramas de mi protector, el aspavé. Oigo muchas querellas en el eco: los cantos de los pájaros; la saloma de la gente que despoja la roza recién cosechada, los ayes y los suspiros de alguna niña hermosa traspasada por el amor, en pleno monte; el bramar del ganado del «señor» poblano, que ha reunido una peonada para realizar una yerra.

Ahora, mucho más allá del bosque y de los potreros se adivinan los pitos de los carros que brincan por encima de los charcos de la calle. Luego, la sirena súbita marca en el espacio las once del día. Esto último es el pueblo ¡Cómo se escucha desde lejos! Es así como vuelvo, otra vez, los ojos al pueblo.

¡Pueblos de Panamá! Con una calle y una torre cansada. Allá viven mi Madre, mi mujer y mi vecina. Todas las madres

son buenas en el fondo. ¿He de escribir sobre el dolor o sobre la felicidad? Nuestra literatura está cargada de lindezas. Ud. lector, sabe que nuestros escritores aún no han salido del embarazoso romanticismo epiléptico que canta la virtuosa santidad y excelsitud de las cosas.

¿Qué escribir, entonces? No olvide mi problema particular. Necesito cien balboas. ¿Qué motivo invento para mi composición?

En el pueblo, en un portal de piedra que hay por la calle que suelo transitar, miro un niño rosado, una rosa lánguida. Está en su cuna de cedro. El es hijo de una muchacha medio loca que conozco.

En verdad, ¿es loca? Eso lo comenta la gente, pero la gente puede estar equivocada. Es una madre, antes de todo, y ya he dicho que las madres son buenas en el fondo. Yo sé, en verdad, lo que le sucede a la muchacha. Su mamá, una señora recia y robusta, que tiene confianza conmigo, me ha dicho:

—¿Usted cree? No ha debido tener hijo. Es una loca. Loca de remate. ¡Desgraciada! Yo se lo dije siempre. No seas loca, mujer... No lo seas... Pero, en fin, las muchachas de hoy, hum... son como a ellas les da gana de ser. Antes... Antes, ¿quién hacía otra cosa que no fuera lo que los padres decían? Pero hoy se les atraviesa un pensamiento entre ceja y ceja y no se echan atrás. Ya se lo he dicho a mi marido. No quiero que ella pise más la casa. A su hijo se lo tengo aquí, no por mí, que lo odio, sino por mi maridazo que es tan loco como ella. Pues se le ha metido quererlo. No sé por qué. Yo como es de su conocimiento, soy una mujer, carajo, de quien nadie puede decir algo. ¡Y que lo digan...! Mis hijos, con excepción de ella, me han salido a como yo les he tirado la soga. Estoy segura que la locura de esa muchacha se debe a Tomás, su padre. No... no es que yo sea de malos pensamientos. ¡No lo permita mi Padre Jesús! Todos los días rezo por la buena ventura de mis hijos, pero por ella no. Me esmero en que sus esposas los traten bien. Quiero a toditos mis nietos, menos a ese mico. Ese que Ud. ve

allí, está gordo por el abuelo; el atolondrado de Tomás. Pero se friegan los tres. Todos saben en este pueblo que los tres dependen de mí. Todo esto es mío. Lo heredé de mis padres. Y por más que se le meta a Tomás el traérmela aquí, no lo conseguirá. Porque bien sabe él, carajo, que no tiene voluntad sobre mi persona. —Así me dijo un día la señora recia y robusta, perdiéndose después del discurso suelto y sonante en su casa. Yo conozco el modo de ser de los cuatro, y sé que la Abuela terminará por cargar al nieto.

La muchacha loca anda por allí. A la vez que trabaja, porque es hacendosa, se dedica a enamorarse con todos los hombres. Es alegrísima y jovial. Buena amiga, si se le comprende. He conversado largamente con ella. Pero me doy cuenta, acá entre Ud. y yo, que éste no debe ser mi cuento. No lo escribiré sobre una muchacha que la gente dice que está loca, su madre también y yo estoy seguro de ello.

Corrieron todos estos pensamientos mientras cruzaba por el llano apacible la mañana en la yegua blanca del tiempo. Como Octubre se empeña en llorar y los hilillos plateados rocían el llano, saco del arroyo los pies y camino hacia el ranchito. En la cocina está mi Abuela querendona. El Abuelo aún no ha venido del trabajo. Me echo en la hamaca con el cuaderno de apuntes en las manos. Espero un tema para un cuento... Zas... Zas... dice la hamaca en su ir y venir. Los delgados perros husmean en la cocina por un posible hueso de conejo. Las gallinas cacarean en busca del nidial apropiado. Observo que mi Abuela, ya entrada en muchos años, usa pollera montuna todavía. Es obstinada, porque mis tíos, que viven en el pueblo, han querido vestirla a usanza de las señoras de allá. Pero ella prefiere su pollera de zaraza. ¡Pobre Abuelita! Vive sola, en el campo, con el Abuelo y no hay manera de que los saque de aquí. ¡Qué vieja tan agradable, con la piel arrugada, sus cabellos plateados, su espalda curva, una caracucha en la oreja y una sonrisa discreta entre los labios! Mi Abuela está en la postimería de su existencia. Ha dejado salir hacia el pueblo a to-

dos sus hijos. En el campito se ha quedado con su esposo de siempre. Ya mi Abuelo llega con su motete al hombro.

Y me dice:

—¿Ya encontró la vaina?

—No —le contesto—, esta vaina no se encuentra así porque así.

—Este muchacho está —me dice la Abuela—, como el difunto Juan.

—Perros —les grita el Abuelo a los animaluchos delgados que velan el almuerzo—. Luego me dice: —Sepa Ud., que esta Octubrerera se va a tirar la cosa.

—Jú —contesta mi Abuela, que en cucillillas alterna el arroz con la carne—, lo pior ej ejta leña.

—¿Mucho Jumo? —inquiére el Abuelo.

—¿Jumo?... El jumo no ej na. Jumo a ejtáo bebiendo dej' que me junté con voj. No ej er jumo, no. Ej er ardor. A mo' que juera leña e balo.

—¿Balo? —refunfuña el Abuelo—. Ni que juera yo tan pendejo. Matillo mejmo ej y una poquita e nance. Er pereque ej que ya Ud. ta muy vieja y tiene pereza e sacarla.

—Pereza, no... Serán mij ojoj puej...

Oyendo esto me acerco a la mesita. Es la hora del almuerzo con el sancocho de yuca y ñame, el arroz y la carne asada. Afuera ha empezado a arreciar el chubasco. Hace frío y con él, un apetito voraz. Mi Abuela se ha debatido como guía pertinaz de todos nosotros. Los últimos en salir del campo fuimos mi Madre, mis hermanos y yo. Aquella tarde mi Abuela venía llorando detrás de la carreta que nos conducía. En los constantes disgustos familiares es ella la que, con su dedo gordo, determina la paz y la comprensión. ¡Qué rigurosa es la vieja Madrecita...! Un tiempo pasó enferma en el pueblo. La enfermedad se hizo crítica por los pensamientos que constantemente le traían la imagen de su choza, su quebrada y sus gallina, que estarían hechas a perder. A su regreso puso el orden, el aseo y la armonía. De nuevo las gallinas buscaron sus nidos; la quebrada su curso; la casita abrió sus puertas. En el jardín entreabrieronse los jazmineros; las rosas desplegaron y las mariposas cundieron el aire de muchos colores. Estos seres habían perci-

bido la presencia de la vieja cuidadora. Es así como estos abuelos no podrán abandonar este lugar, porque sus vidas están mancornadas con dicha naturaleza. Ellos tienen que terminar aquí. Significa mucho dolor dejar la tierra natal. Mucho amor a la Patria. Sobre mi vieja Madre podría escribir el cuento que tanto he andado buscando, pero no lo he de hacer. La dejaré tranquila para que no se incomode al saber que la estoy analizando. No me vaya ella a decir, de nuevo, que me parezco al «dijunto» Juan.

Después de mi grato encantamiento en el campito que me vio nacer, metido en la noche regreso al pueblo. Iré a las calles estrechas. Caminaré sobre los charcos de agua. Le preguntaré a la gente de la esquina si sabe de algo que me pueda interesar. Ahora he tomado otro camino. En la mitad de las once de la noche llueve delgadamente. El camino oscuro se recoge con amargura por los recodos. La cerca respalda la vereda, y de ella, altos árboles: algarrobos y lagartillos, junto con un regimiento de balos cubren la miríadas de luz de unas estrellas intermitentes. De vez en cuando se desgaja una rama de algún higuerón herido, o me asustan los bejucos que cuelgan de los carates y los jobos. Lloran los árboles. Se espesa la noche. A mi lado izquierdo se desbocan las lomas y los picachos en un profundo precipicio.

—Usted lector —dice una voz en el camino—, sabe ya que un cuento, para que lo parezca (aquí debemos recordar lo que dice al autor el escritor Manuel Ferrer Valdés: «en realidad SEIS MADRES ES UN ANTICUENTO») hay que vivirlo, caminarlo, buscarlo en las miradas de los hombres del campo o de la ciudad; en medio de la lluvia o bajo el sol más bullente. Por muy desarrollada que un literato tenga la imaginación, una obra suya, sobre asuntos que desconoce sustancialmente resulta simple y, a veces, nos produce rabia. Ha visto Ud. lector —sigue hablando la voz—, todo lo que he hecho para conseguirlo. Pero no he podido. Sin embargo, creo que tendré la oportunidad de hablarlo antes de llegar a las primeras luces del pueblo. Por este

camino retorcido y negro puede presentarse cualquier estupidez. La voz se pierde entre la lluvia y la espesura de los árboles y me doy cuenta enseguida que era mi propia voz la que surgía. Que era yo mismo el que hablaba en voz alta.

Pero luego me castiga de frente otra voz. Escúchela Ud.

—¡Ay... Ay... Ay...!

¡No! Ahora no soy yo. Me he llevado la mano a la boca. Me he apretado vehemente y la voz grita con más intensidad:

—¡Ay... Ay... Ay...!

No es una voz cualquiera. Ud. la ha oído. Es un grito quebrado, doliente. Un grito de llanto. Desgraciadamente azota mis oídos y se precipita al acantilado. Allá el eco sobre las lomas negras repite muchas veces: Ay... Ay... Ay... Detenido a la orilla de un fangal, apartando nerviosamente, con las manos, las bruscas que me estorban la vista, trato de ver algo de donde pueda emerger semejante expresión humana o animal. Siento que chapalea débilmente en la ciénaga. Alguien gime, pero más bien parece que brama. Es algo así como una bestia poseída. Se acerca a mí; sin embargo a dos metros de mi compungida presencia no descubro absolutamente nada. Comprendo, eso sí, que alguien camina y algo se arrastra.

¡Ahora sí! Esta vaina puede ser cualquier demonio en forma indescriptible (aquí me acuerdo de mi Abuelo). Siento que los cabellos se me espelucan y se ponen hirsutos los vellos de los brazos y la nuca. ¿Miedo... horror... estupor? Sí. Todo eso. Yo grito:

—¿Qué vaina es esta?

Los bultos siguen...

—Oiga, mujer, oiga.... ¿qué le pasa a Ud...? ¿Qué lleva allí?

La mujer, empapada y brutalmente desgredada, como una tulvieja absurda, arrastra el cuerpo escuálido de un hombre muerto.

—Oiga, Señora... —le grito de nuevo, pero parece que no oye.

Trato de alcanzarla, pero me detengo. ¿Acaso no es una alucinación mía esto que acaba de sucederme? ¡No! Allá va. Es una mujer desgarrada, atrocemente delgada, pero sobre todo

desgrenada. Grita y decidida arrastra un hombre muerto por el lodo y el agua sucia del sendero. ¿Hacia dónde? ¿Le conoceré yo? ¿Será familia mía? Posiblemente... Pero mejor me acerco... ¿Quién... quién será? ¡Qué estupidez... cargar un hombre así...! Recuerdo lo que dijo mi Abuelo. Sí, esta mujer tiene que ser Esperanza... ¿Y el hombre? El hombre Valerio Hidalgo... su marido... Sí, Valerio, muerto. Ya sabía que el pobre estaba tuberculoso... Pero esta Esperanza...

—Oiga Esperanza —le grito—, mire...

Pero ella sigue bramando como una novilla atravesada. ¿Pero es que esta mujer no encontró nadie que le ayudara?

Valerio pidió el Cura hace unos días, pero éste no fue al campo. Amigos le llevaron, entonces, al pueblo. En la confesión, dicen que Valerio dijo al Cura:

—¡Ay Pagre, me muero! Ay... Yo tengo unoj hijoj (su respiración se apagaba. Los ojos se habían perdido en las profundas cuencas). Ay... Dioj mío... ampáreloj Padre... Ayureloj... No. No... Yo no me voy. Yo no me voy di aquí. Yo no quiero dir par campo. Déjeme aquí Ejperancita (y esto lo dijo llorando). Yo me voy. Déjeme que muera aquí mejmo. ¿Ya pa' qué? ¡Ay... Ejperancita... se jodió Valerio Hidargo...! Dígale a Don Lucio que ejtá bien, carajo... Don Lucio... ombe...

Por último se incorporó bruscamente del catre en que agonizaba y dijo:

—Ejperanza... —y se dobló, muerto...

Yo recuerdo a Valerio: moreno, alto, alegre, trabajador y honrado. Gritaba y bailaba como el que más. Era el único hombre que, en el campito, tenía un buen caballo de paso. Valerio Hidalgo, primo segundo mío. Hijo de la tierra y el grito. Se parecía a mí en muchas cosas. Su tez morena, sus ojos claros... ¡para nada!

Valerio trabajaba en la ganadería de Don Lucio. Cuando enfermó de tuberculosis, para que no contagiara a los demás mozos, Don Lucio lo despidió. Esto existe aquí, en Panamá, puente del Mundo y otras cosas más absurdas aún. Ya lo hemos repetido anteriormente: al pie de Don Lucio gordo, colorado y rico, se muere un Valerio tuberculoso. ¡Ay... tierras de América, fértiles para las injusticias y las ingratitudes...! Y eso que

nuestros gobernantes dicen: «podemos comunicar, a pesar del relativo atraso en que vivimos, que Panamá está mucho más adelantado que otros países del Continente, porque aquí no se muere nadie de hambre». Claro... «nadie» significa para el gobernante nuestro, sus hijos y los primos de sus hijos que se agotan de tedio por la Avenida Central de Panamá en un buen carro Packard.

Cuando Esperanza, madre de tres hijos, se dió cuenta del mal de Valerio lo hizo llevar a la Capital.

—¿Para qué? Si en Panamá no curan a nadie de tuberculosis. Este Valerio volverá para morir. A tirar sobre esta tierra amarga los últimos salivazos de su desesperación —eso dije a mis Abuelos una vez que conversábamos de ello.

Esperanza fue vendiendo poco a poco los haberes de la finca. Así quedaron sin nada. Pero una vez salió del rancho y se encaminó hacia las puertas del pueblo.

Mientras su corazón gemía y sus ojos manaban lágrimas de angustia y desolación, allá en las plazas gritó así:

—Siñorej... me muero de jambre. Nejecito comer. Ujté, Señor rico, deme argo. Tengo trej hijoj y un hombre malo.

Siguió calle arriba, en tanto que la gente se le agrupaba en derredor.

—Ujtedej, loj der pueblo, continuó gritando, que me lo enfermaron, dejgraciaroj... demen ahora en que sea un peso.

Entonces, dirigiéndose al Alcalde, quien se había acercado al corro creyendo que se trataba de algún tonto que tocaba un pito, la mujer dijo:

—Ujté, Señor Arcarde, que ej er amo de ejto, afijese en ejta ropa mía, afijese en ejtoj ojo a ver si por elloj ve a un hombre que se muere. Valerio Hidargo, sí, er der voto. Tengo trej hijoj...

Luego dirigiéndose a un maestro de escuela que pasaba por allí le agregó:

—Ujté, Señor Maestro, ayúreme. Alevánteme ahora. Yo soy Ejperanza, la mama di aquellos chiquilloj que Ujté apuntó pa' su ejcuela...

En eso un Médico descendió de su lujoso carro convertible y Esperanza le gritó:

—¡No... A Ujté no... no le digo ni le piro na! ¡Canalla... Canalla... lagarto... Ujté, mentiroso...!

Y se fue corriendo calle arriba librándose del grupo de curiosos que le gritaban: «Loca... loca...» Y ya en la esquina de la calle Esperanza, dándose vueltas, contestó:

—¡Junaputa...!

Así, que el hombre rico la miró con asco.

El Alcalde se puso medio pálido de pura nerviosidad, entendió que ése no era problema suyo, pero le regaló diez centavos.

El maestro de la «santa enseñanza» no estudió este aspecto en las conceptuosas clases de pedagogía moderna que recibió de parte de profesores meticulosamente titulados. Y como no tenía un centavo no le dió nada a la mujer.

El médico regresó a su convertible riéndose malignamente.

El grupo de curiosos le había gritado muchas veces: «Loca». Y Esperanza, finalmente, se había defendido con una palabra precisa y grande.

Unos días después de aquel suceso el niño más pequeño murió. Flores de hambre y tuberculosis se abrieron en sus naricitas. Esperanza lo enterró, según supe después, en el patio, y le puso una flaca crucecita de guayabo.

Últimamente Esperanza se había ido a la Capital. Llevaba unas gallinas y algunas otras cosas del campo. ¿Para qué? Mis Abuelos dijeron que ella creía absolutamente que con esos alimentos del campo Valerio resistiría. A Valerio le hacía falta el campo. Valerio se moría de cabanga. Pero Valerio regresó y regreso para morir. No quiso expirar en el campo. Los vecinos del lugar comentaron que en la forma como había regresado lo había hecho Enrique, años atrás. Valerio se moría, no habían dudas. Lo llevaron, en hamaca, al pueblo. Allí recibió la bendición del Cura. Tres días duró, después, el tormento. Tres días aguardaron los vecinos del lugar. Al tercero regresaron al campo. Valerio no se moría, dijeron. Luchaba con la muerte. Era el diablo. Sola su mujer lo vio finalizar abruptamente, cuando, doblegándose, el hombre dijo: «Ejperanza», y calló. Ahora, sola, cargaba con su cuerpo, en las horas más turbias de la noche. Este era el rastro. Valerio era una masa informe y cetrina.

—Esperanza, le grité, yo le ayudo, espérese...

—No —me contestó agitadamente.

—Déjeme ayudarla, señora.

—No... ya no quiero que naire me ayure. Ni Ujté, ni naire. Ay... por ejte mejmo camino me trajo er a mí. Ahora ay... la diferencia ej que lo llevo yo. (Se tiró en una roca del camino, con las huesudas manos en las rodillas). ¡Vale mío, muerto! Ay... ¿quién tiene la curpa? Ujté no sabe lo que yo ha hecho. Naire lo sabe. (Hubo una pausa. La lluvia delgada caía en la cabellera de los árboles. Ranas conversaban en el cieno). La curpa no la tiene naire... No. Ni don Lucio que lo mataba trabajando. Ni loj vecinoj que no me quisieron ayurar. Ni los mé-ricoj que me pegaron mentiraj. Ni er monte que ya no puro prorucin maj. Ni loj hijoj que se me morirán. Ni yo que me estoy muriendo. Ni naire. Ni Dioj. La curpa, sí, ay Vale mío, la curpa la tenéi Voj...

Yo tiro sobre mis hombros al difunto. Poco es lo que pesa. ¡Qué diferencia de como yo lo conocí!

—Siga, Esperanza, vaya Ud., siguiendo —le digo a la mujer.

Y siento que a cada paso la Madre se desmaya. Es mucha noche para una mujer enferma. El agua arrecia. Frutas que caen de un jamaico me golpean. En medio de la oscuridad resbalo sobre el camino. Ahora me recorre la espalda el agua que chorrea del cuerpo del difunto embarrado. También me humedece la cara el sabor de agua sucia de tuberculosis y muerte. Bajan quebradillas por mi frente y se cuelan por mis labios. A malo sabe el jugo de los hombres muertos.

De vez en cuando siento que me cosquillea el viento mojado y tétrico por las espaldas, al tiempo que me rozan las manos inertes del difunto, me tocan así como se llama a las puertas de las habitaciones cerradas. El camino se retuerce negro y resbaloso como una culebra terciopelo. Delante de mí grita Esperanza y llora. El eco de esas tristezas cruza las campiñas recién cosechadas.

Así dice el eco:

Ay... Ayayáy... Vale mío... Vale mío... (se adelgaza lastimosamente como una garza herida) Voj sólo tenéi la curpa Vale

mío... muértojo... Ay... ayayáy... (luego el eco como una garza herida cae de filo en el abismo).

La noche va con nosotros en la desgracia y el descenso penosos. Entre cerbulacas agobiadas llegamos al rancho. En la puerta están los dos niños. Pero es como si no estuvieran. Son tan delgados y flácidos. Así como están pueden morir esta misma noche. Un viento que sopla de frente y se caen.

—Has llegado, dice mi voz, amigo Valerio. Has venido al rancho que tu fuerza de hombre macho levantó. Acaso no sirva para acogerte. Tu potrero está lleno de hojarascas; tu huerito, destrozado por los animales ajenos; tu machete, amellado; tus hijos se mueren y tu mujer desmaya en medio de una fiebre altísima. Valerio Hidalgo, ¿qué te pasó? ¿Qué puedo yo hacer por ti, ahora que ya no me oyes?

En la cama de carrillos lo acuesto. Con sacos de henequén, que cuelgan de las soleras, le cubro. No hay otra cosa. Todo el rancho está frío como la muerte misma. El agua penetró en todos los rincones. De vez en cuando la respiración de Esperanza, tirada de un lado, me asusta. Los niños no se han dormido, sino que me miran despabilados y me dicen, a cada rato:

—Señor... Tata se murió, ¿verdad? ¿Se murió Vale?

Y yo les contesto:

—Sí hijos, sí se murió Vale, pero... vengan aquí... acuéntense... vengan...

Ellos, despabilados, me miran horrorosamente y tornan a decirme:

—Señor, ¿verdad ej que se murió Tata? ¿Vale se murió, Señor?

No hay luz. Nos ha estado alumbrando vagamente la claridad de las estrellas. Entre la penumbra voy distinguiendo los utensilios miserables. Cuelga de una esquina el filo de una daga inútil. Sólo eso veo. Parece que Esperanza no respira, pero vuelvo a escucharla.

¡Cuánto ha sufrido Esperanza!... Pobre mujer campesina... Pobre mujer campesina como mi Madre, como las Madres de muchos hombres de la tierra.

Yo te ayudaré, en la medida de mis esfuerzos. Tú no tienes por qué saber que yo estoy en condiciones pésimas, también. Que yo no tengo lo que a ti te hizo falta: dinero... A mi posiblemente me pase lo que a ti. Cuando verdaderamente se necesita la ayuda, entonces no se encuentra. Qué desamparada te hallarás, ahora que desvierte la mañana sobre el campo. Tú, continúa mi interior, eres el origen de los campos. Por eso nuestros hermanos son tan amarillos y tan pobres. ¿Cómo podrían desarrollarse estos dos hijos tuyos pretuberculosos que tu dolor de madre dió a la lucha por el dolor, si la medicina está en manos de particulares, si los médicos se asocian para subir el precio de las consultas? ¿Si ellos mismos acaban con los hospitales públicos para darles más entradas a sus clínicas? ¿Si por, otra parte, el campo ya no brinda oportunidades...?

Nudos de llanto suben y bajan por mi garganta. Comienzo a luchar contra la reacción del llanto, pero luego, lloro. Lágrimas amargas y parecidas a las goteras de agua del camino recorren mis mejillas. En esto presiento el amanecer. Lánguidos suspiros despiertan el rocío.

«Se murió Valerio Hidargo»... habrán dicho los otros campesinos... Gorgorean las cascucha y el pechiamarillo en la copa de un alto aspavé. Esto es el día que viene irremediablemente. Alguien pasará y me ayudará a enterrar a Valerio. En el fondo del patio emerge la cruz de guayabo dulce. Salgo al llanito de enfrente, pero nadie pasa. Vuelvo al cuarto y miro las criaturas. Esperanza no respira. Es como si se hubiera muerto. Me acerco; la toco, le tomo el pulso. Salgo otra vez al llanito. Pero nadie pasa todavía. Quizás sea hoy día Domingo. He vivido un siglo esta tragedia al punto que he perdido la noción de los días. Vuelvo a entrar cautelosamente y me doy cuenta de que los niñitos se han dormido al fin, pero llevo de espanto noto que Esperanza yace definitivamente muerta, para siempre.

Lector: Por estos caminos he viajado algunas veces. Ilusiones han nacido en sus recodos. El florecer de los balos en el mes de Febrero

me ha arrancado gritos y profundas salomas. Hoy regreso cansado y nada ha florecido, sino la muerte. Vine, como se lo dije al principio, buscando un argumento para un cuento. Ya lo he encontrado, pero ahora comprendo que no lo voy a escribir.

BORIS ZACHRISSON

BORIS Zachrisson, (1928), obra: *La casa de los ladrillos rojos y otros cuentos* (1975).

«EL ARETE»

VIVO en una casa velada por el tiempo. Ahí suceden las cosas más raras. Un día se ríe casi con vulgaridad; otros, el más absoluto silencio recuerda un severo claustro. Esta casa es de la época canalera. Es de construcción francesa. Tiene grandes salones con pisos de caoba que se mantienen lustrosos. Tan lustrosos están que el misterio se desliza. No se atreve a caminar temeroso de caerse.

Los salones que dan al balcón se mantienen cerrados. Los sábados la casa abre sus puertas para la limpieza. Las grandes y pesadas cortinas de damasco con sus bellotas en los bordes son sacudidas, inundando la calle con el polvo de medio siglo. Tomás es el encargado de los trabajos fuertes. Limpia los pisos, sacude cortinas, en fin todo lo que necesite de su fortaleza física. Tomás está tan lleno de misterio como todos los que vivimos aquí. Es un mulato de treinta años y con treinta años de vivir en esta casa. María es propiedad de la familia. Sus cuarenta y tantos años de vivir encerrada le han convertido en la réplica viviente de una estatua oriental color ámbar que adorna la existencia gris de la casa. Isabel y yo somos los más jóvenes de la casa.

Somos cuatro personajes envueltos en el más extraño laberinto de recuerdos. El salón de la casa, con sus innumerables fotografías y hermosos óleos, bandejas de plata con fechas y nombres, muebles antiguos, evoca tiempos de testas coronadas. Todos los salones lucen pálidas alfombras persas. La escalera que dá a la puerta principal tiene escalones de granito. El botón de la puerta está enmohecido.

Isabel es la cocinera, y como tal está enterada de todo. Me cuenta los más increíbles chismes. A menudo nos reímos. Con nuestra risa nos vengamos del silencio.

Ayer Isabel me dijo que en la puerta de atrás de la casa se encontró un arete. Es curioso, pues la puertecilla sale a un estrecho callejón —donde los gatos cantan himnos de amor— utilizada solamente por Tomás, Isabel y yo.

El arete es una fina joya de platino adornada con brillantes, el centro luce una hermosa esmeralda que tiene la forma de las lises de Francia.

Por ignorar quizás su valor e intrigada por el hallazgo, Isabel me entregó el arete.

El asunto comienza a preocuparme. Tomás limpia la puerta trasera a las seis de la tarde, y terminada la faena le pone un cerrojo. María, después de servir la mesa a las siete de la noche, se refugia en su cuarto lleno de santos. Isabel sube a mi cuarto —vivo en la buhardilla de la casa— y juntos, recostados en el alféizar de la ventana, vemos terminar la tarde y comenzar la noche. Después...

Isabel cruza el patio camino a su cuarto.

Y la casa se queda en silencio con su noche invadida por el nostálgico aroma de los heliotropos que adornan el patio.

¿Qué ser extraño puede ser el poseedor de tan maravillosa joya, que ronda en las noches dejando una huella cara?

¿Qué dama sondea el misterio de los gatos?

¡En algún joyero las lágrimas ocuparán el sitio de tan preciado arete!

Mejor será no pensar en ello; son las nueve de la noche y mañana tengo que ir a misa con la Señora. ¡Sí!... la Señora, el quinto personaje; la dueña de la casa; la Reina de cuatro súbditos. Es una señora de unos cincuenta y cinco años, de porte alto y distinguido. Sus hermosos ojos sugieren terribles pasiones. Sus manos son largas y bellas. Su voz es tan armoniosa, que los regaños salen envueltos en seda.

El tratamiento que recibo en esta casa es el de sobrino de la Señora. Ella se dirige a mí llamándome por mi nombre. Yo con el usual trato de Señora.

Isabel, con su extremada curiosidad, me ha dicho que de los muchos y resonantes apellidos de la «tía» no existe ninguno que se parezca al mío. No le doy importancia al asunto. El único rostro que recuerdo desde que tengo uso de razón es el

de ella. Con el correr del tiempo la Señora me solicita menos. El mes pasado sólo la ví cuatro veces.

Estaba enferma, dijo María, y me ví obligado a comer solo durante este tiempo. Al pasar por su cuarto sentía gemidos.

Isabel asegura haberla visto llorar.

Es ahora de dormir; el reloj del pasillo con sus campanadas me anuncia las diez de la noche.

Las campanas de la iglesia me despiertan. He dormido poco.

Debo apurarme. Siento los pasos de María que sube al cuarto de la Señora. Me siento nervioso.

«Anoche soñé que la Señora se encontraba en un gran salón iluminado por hermosas arañas. Un caballero elegantemente vestido bailaba con ella. Daban tantas vueltas que la Señora se sintió cansada. El caballero la acompañó a tomar aire. Salieron a una terraza, y mientras conversaban, se acercó una dama vestida con gran lujo. Su traje era de terciopelo negro, sus cabellos eran castaños, su único adorno eran unos hermosos aretes de esmeralda rodeados de brillantes con la forma de las lises de Francia. La dama no tenía rostro. El caballero al verla le hizo una reverencia, y tendiéndole su mano, entraron al salón. La dama reía y la Señora en la terraza comenzó a llorar.

«Después... no sé. Mi sueño se volvió oscuro y complicado, sin ninguna ilación. Sólo veía ventanas que se abrían y cerraban. Luego la visión se hizo más clara y ordenada. Por una calle venían la Señora y María. María cargaba a un niño recién nacido. La Señora miraba hacia atrás con mucha frecuencia. Caminaban con gran prisa; se detuvieron en una esquina y vieron una placa con el nombre de la calle. María hablaba pero yo no oía nada; la Señora movía la cabeza afirmando y señalaba la placa iluminada por el farol de la calle. Era de noche y una leve llovizna rociaba las tejados de zinc produciendo una soporífera musiquilla...»

Un golpecito en la puerta y la voz de María que me dice que la Señora está esperando.

La señora, María y yo bajamos por la escalera de granito. El picaporte, reacio a la mano de María, cede después de un interminable minuto. Es un amanecer de ruidos quietos.

Llegamos a la iglesia que está a unas escasas cuerdas de la casa. Se celebra una misa de difuntos. Los cirios y la lenta letanía del cura van calando mi estructura ósea. Miro de reojo a la Señora que reza piadosamente. Cuando la música del órgano invade la nave de la iglesia, mis ojos lloran lentamente; luego rezo como no lo había hecho nunca. La música ha cesado. La Señora y María tienen los ojos enrojecidos. La Señora me entrega un pañuelo de encajes. Me seco los ojos. Ellas salen con extremada cautela (como temiendo que la gente se entere de nuestra presencia) antes de terminar los oficios.

En la casa, después del desayuno, la Señora me ha dicho que desea hablarme. En el pasillo me cruzo con María e Isabel. La Señora habla con Isabel en el momento que llego, luego se callan. María pide disculpas. No sé que está pasando. Ya me voy enterando. Isabel ha confesado lo del arete. La Señora me observa detenidamente; luego saca de un cofrecillo que está a su alcance el misterioso arete. Me lo entrega y dice: «Este es el arete que encontró Isabel y te lo entregó... María lo buscó en tu cuarto mientras desayunabas... no te asustes, no tengo de qué reprenderte. ¡Te prometo que dentro de unos días enviarán el otro y te lo regalaré! Quiero que tú los tengas como un recuerdo».

María sale de la habitación seguida por Isabel y yo. Isabel me hace un guiño de ojo. En el patio se encuentra Tomás, el mulato, bruñendo la plata.

Hoy será un día de tantos.

Espero que llegue la tarde y junto con Isabel, apoyados en el alféizar de la ventana, ver el inicio de la noche.

ERNESTO ENDARA

ERNESTO Endara, (1932), obra: *Un lucero sobre el ancla* (1985).

